



Onagro Ediciones, 2007

Hola, soy Ángela y tengo un problema

Joaquín Carbonell (Onagro Ediciones, 2007)

Sabino recibe un mail muy escueto: "Hola, soy Ángela y tengo un problema".

Su amiga Ángela, ¿su amor Ángela?, le necesita urgentemente. Ángela, la estrella mexicana de la canción latina, la mujer que logró alterar hace unos años la tranquila existencia de Sabino, durante un extraño y agitado verano en Caldas de la Costa.

Sabino se embarca hacia Chile, el país donde Ángela se encuentra en plena gira de promoción de su disco. Allí descubre el secreto de esa misteriosa llamada: un perturbado, un loco, un asesino, amenaza a la estrella con acabar con su vida. ¿Por qué?

Sabino promete ayudarla y de paso, se incorpora como un miembro más, a la vorágine de este circo que es una gira musical y que le lleva a Costa Rica y España. Allí conoce a cantantes como Miguel Bosé, Joaquín Sabina, Estopa, Alex Ubago. Descubre desde el otro lado del telón, los hilos que mueven el negocio de la música.

Y descubre el amor. Los amores. Con Lola, la jefa de prensa. Con Patricia, la periodista de Mercurio. ¿Con Ángela?

Una novela para un público juvenil que viene avalada por el éxito logrado con la anterior entrega "Las estrellas no beben agua del grifo".

Fragmento del Capítulo IX

El restaurante que habían escogido para cenar juntos estaba repleto, pero siempre hay un reservado para los buenos clientes. Sabina y Ángela habían acudido puntuales y casi coincidieron en la entrada. El encuentro fue glorioso; besos y arrumacos, piropos acompañados de tacos muy malsonantes, sonrisas mutuas. La expedición no era íntima. Joaquín Sabina venía acompañado de Jimena, su novia, y de Lena, su secretaria. Por su parte, Ángela también traía a sus mozos de guardia, Sabino y Juanito, más don Alberto y doña Seve. Una vez tomaron asiento en el agradable comedor privado hicieron las presentaciones y no se pudo evitar un poco de chanza por las similitudes entre Sabina y Sabino.

--Era mi sueño conocerte –comentó tímido Sabino.

--Ahora mismo te cambiaba el nombre. Joder, yo tengo nombre de tía. ¿También eres del gremio? –le preguntó el cantante.

--¿Del gremio? –se extrañó Sabino.

--Si cantas, coño.

--¡No, no! Nada de cantar...

--¿Eres manager?

--Tampoco...

--¿Eres gigoló?!

El silencio de Sabino desató la carcajada del cantautor que mirando a Ángela soltó un “¡Joder, qué chollo! Es la ilusión de mi vida, ser un hombre objeto”.

--Eh, pinche cabrón. Aquí el muchacho no es un hombre objeto. Es mi hombre –aclaró Ángela.

--Perdona, Sabino, era todo una broma, no te lo tomes a mal. No me odies, joder. Ya sabes cómo soy, un cabronazo. ¿De dónde eres?

--De Huesca --respondió Sabino esbozando una pequeña sonrisa.

--¡Joder, de Huesca! Aunque la gente crea que he perdido la memoria por el marichalazo que me dio, te digo no olvido nada. Huesca. Recuerdo que el primer concierto que di allí fue por el año 1984 u 85 y no puedo olvidar que entramos con mal pie. Veníamos de tocar de Granada y llegamos una hora tarde y sin montar el equipo, porque en aquel tiempo viajábamos todos a la vez: equipo y músicos. Joder, la gente estaba hasta los huevos, menos mal que coincidíamos con Joaquín Carbonell, ¿lo conoces?, que nos aguantó a la gente, la tranquilizó, en fin, gracias a él no hubo una catástrofe mayor. Ése fue mi debut en Huesca. En una plaza del centro, no sé cuál era...

--Sería la plaza de López Allúe... -insinuó Sabino.

--¿Y este caballero? --señaló Sabina hacia don Alberto.

Don Alberto esbozó una sonrisa mientras degustaba un buen Ribera del Duero. Miró a Sabina con sorna, como si se conociesen de toda la vida, como si escondiesen secretos sólo compartidos por ellos. Sabina le devolvió la mirada y la sonrisa y todos esperaron a que el abogado acabase su cata para comprobar cómo se batía en duelo dialéctico con el cantante.

--Este caballero sí es un gigoló --afirmó don Alberto--. Ésta de aquí es mi dama y yo ejerzo de florero. Estoy siempre a su disposición, a sus órdenes, y cuando me dice que salte, yo salto. Por supuesto, no trabajo. Ella me mantiene. Y también soy el gigoló de esta otra dama, Ángela. Ahí me limito a realizar una faena intelectual, puro deleite cultural: asesoramiento literario, redacción de misivas, acompañamiento a actos de categoría, archivo de frases rotundas y a veces, ejercicio de mi actividad laboral, es decir, de la abogacía. Ya ves, un verdadero hombre objeto. ¿Y tú a qué te dedicas muchacho? Tienes pinta de vender enciclopedias por las casas...

La sentencia desató la carcajada de la concurrencia. Sabina se levantó, le tomó la mano, y se la besó con una ligera inclinación. Le soltó

un admirado “maestro” y se quitó el bombín. El pequeño duelo de gallos había quedado solventado. Dos creadores frente a frente que trazan las lindes de su territorio. Dos mafiosos que exhiben sus poderes y deciden trabajar juntos sin invadirse los terrenos. Dicho de otra forma, se habían caído bien.

--¿Cuándo grabamos? –preguntó Ángela tratando de partirle la pata a un cangrejo.

--Cuando quieras –le explicó Joaquín-. Las bases ya están grabadas y tenemos a Panchito, ¿conoces a Pancho Varona?, sí, mujer, te lo presenté en México, tenemos a Panchito pendiente de cualquier asunto que pueda surgir. Así que cuando tú digas...

-Vamos a ver...

El vamos a ver suponía que Juanito tenía que sacar su libreta y repasar el calendario de actividades. Conciertos en Madrid, Bilbao, Valencia, Vigo, Sevilla, Madrid otra vez, Zaragoza y Barcelona. Varios programas de televisión. Dos ruedas de prensa. Firma de discos.

--Tenemos tres días libres entre Sevilla y Valencia...

--¡Ahí puede ir! –aseguró Ángela-. Claro que necesito la canción para ir conociéndola.

--Tenemos también cuatro días entre Bilbao y Vigo... -volvió a informar Juanito.

--Si no os importa, esos días los quiero para mí –saltó don Alberto ante el estupor de todos-. ¿Recuerdas Ángela que un día me prometiste que estarías dispuesta a cualquier cosa? Recuérdalo, fue en México...

--Lo recuerdo, don Alberto...

--Pues ahora vas a cumplirlo. Quiero que vengas conmigo y doña Seve a mi tierra, a la Rioja. Un pequeño paseo ocioso.

--Bueno... -susurró la cantante que no sabía bien qué decir.

--¡Coño, don Alberto, mi tierra! –saltó Juanito-. La Rioja es mi tierra.

--¿Pero tú no eres aragonés? -se extrañó Sabino.

--Como si lo fuera. A los diez años me llevaron a vivir a Huesca, es verdad, pero nací y me crié en Nájera.

--Coño, Nájera –añadió don Alberto-. Yo nací en Haro. Bueno, ¿qué dices?

--le preguntó a Ángela.

--Yo encantada, siempre que me lo permita aquí el jefe de producción.

--El jefe de producción está loco por el mambo, quiero decir por visitar mi tierra. Te vas a cagar con lo que vas a comer, nena.

--¿Has traído la canción, Joaquín? –le preguntó Ángela a su colega.

--Aquí está –le respondió señalándose el bolsillo-. Ahora la vas a ver. Es un corridito de tu tierra. Pero primero hagamos honor a estos manjares de la mar salada. No se deben mezclar ni los sabores ni las artes, ¿no le parece don Alberto?

--Yo lo he mezclado todo en la vida y no me fue mal, pero es verdad que cuando se juntan dos artes una de las dos pierde. Y en estos momentos en que me encuentro a punto de descubrir los misterios de una vieira, no concibo nada que pudiera superar su delicadeza. Ni siquiera una buena canción. Me parece una aberración escuchar música mientras se come. ¡Por Dios, qué grosería con la comida y con la música!

Tuvieron que esperar, pues, un rato, a que todo el mundo rematase su pitanza. Una mesa repleta de esos manjares merecía toda la atención. Y ya fue a los postres, cuando el camarero depositó unos lavamanos en la mesa, cuando Ángela volvió a requerir a Joaquín que desvelase su composición.

--Ahora sí –musitó.- Pero tengo dudas de si te va a gustar. No sé, no te conozco tan bien como quisiera.

Sabina le dio un sorbo a su vino y todos esperaron el momento. ¡Una canción de Joaquín Sabina! Extrajo el papel y se colocó unas gafas que le acercó Jimena, en un gesto al parecer repetido, conocido. Joaquín se calzó los lentes y comenzó a leer.

**“Pensar que en otro tiempo
tú y yo nos escalamos la frontera
repleta de escaleras
de color, qué pelotazos
le pegabas al negocio del amor
con esos brazos
que estrangulaban bocas y carteras.**

**Te hacías la dormida
Más viva que una diosa sin capilla
Hasta que la pastilla
Del rencor
Abría el caño
Qué manera de ocultar ese dolor
Con ese extraño
Que ensuciaba tu amor con mantequilla”**

--¡Y hasta ahí puedo leer! –cortó en seco el andaluz.

--¡No! ¿Por qué paró? –irrumpió Ángela.

--Porque lo que falta está sin corregir. Y yo no suelto un verso sin pasar la ITV. No te preocupes, en un par de días está listo. Y la música ya está grabada.

--¡Me encantó, cabrón! ¡Es muy padre!

--¡Es muy puta! –sentenció Joaquín.